

Cuando entraba, le preguntaban : — ¿ De dónde vienes ? Y él respondía : — De la calle. Cuando salía, le preguntaban : — ¿ Adónde vas ? Y él respondía : Á la calle. Su madre le decía : — ¿ Qué es lo que vienes tú á hacer aquí ?

En esta ausencia de toda afeccion vivía aquel niño como viven esas yerbas pálidas que brotan en los sótanos ó en el fondo de los sepulcros. No sufría de verse así tratado, ni tenía odio á nadie. Ignoraba él cómo debieran ser un padre y una madre.

Por lo demas, su madre amaba á sus hermanas.

Hemos olvidado decir que en el boulevard del Temple llamaban á este muchacho el niño Gavroche. ¿ Por qué se llamaba Gavroche ? Probablemente porque su padre se llamaba Jondrette.

Romper el hilo parece ser el instinto de ciertas familias miserables.

El cuarto que los Jondrette habitaban en la casucha Gorgeau era la última pieza, al fin del corredor. La celda de al lado la ocupaba un jóven muy pobre á quien llamaban el señor Marius.

Digamos ahora quién era este señor Marius.

LIBRO SEGUNDO

EL GRAN BOURGEOIS

I

NOVENTA AÑOS Y TREINTA Y DOS DIENTES

En las calles de Boucherat, de Normandie y de Saintonge, existen aún algunos antiguos habitantes que conservan la memoria de un buen hombre llamado el señor Gillenormand, y que se complacen en hablar de él. Este buen hombre era ya viejo cuando ellos eran todavía jóvenes. Para los que miran melancólicamente ese vago hormigueo de sombras que se llama el tiempo pasado, aquella figura no ha desaparecido aún enteramente en el laberinto de calles inmediatas al Temple que en tiempo

de Luis XIV recibieron los nombres de todas las provincias de Francia, á la manera que en nuestros dias se ha dado á las calles del nuevo barrio del Tívoli los nombres de todas las capitales de Europa, en cuya progresion, digámoslo de paso, está visible el progreso.

El señor Gillenormand, que existía por los años de 1831, era uno de esos hombres que se han convertido en una curiosidad digna de verse únicamente porque han vivido largo tiempo, y que son singulares, porque habiéndose parecido antaño á todo el mundo, ahora ya no se parecen á nadie. Era un viejo muy particular, y verdaderamente el hombre de otra época, el verdadero *bourgeois* completo, un tanto altivo y enhiesto, del siglo diez y ocho, que ostentaba su limpia y antigua *bourgeoisie* con el mismo porte, entonado y engreído, con que un marqués ostenta su marquesado. Pasaba ya de los noventa años, y andaba recto y erguido, hablaba alto, veía claro, bebía seco, comía, dormía y roncaba. Conservaba aún íntegros sus treinta y dos dientes. No usaba anteojos sino para leer. Era de índole enamorada, pero solía decir que hacía diez años que había renunciado enteramente y de una manera absoluta á las mujeres. — Ya no puedo agradar, — decía; y no añadía: Soy demasiado viejo; sino: Soy demasiado pobre. — Si no estuviera arruinado... ¡hééé! — En efecto, no le quedaba ya sino una renta como de quince mil libras. Su más bello ensueño era disfrutar de una herencia que le procurase cien mil francos de renta para sostener queridas. Según se ve, no pertenecía á esa variedad de octogenarios enfermizos que, como M. de Voltaire, han estado cuasi moribundos toda su vida; no era la suya una longevidad de jarro cascado; aquel viejo lozano y regocijado había gozado siempre buena salud. Era superficial, rápido, de una naturaleza irritable. Se encolerizaba á propósito de cualquier cosa, generalmente sin razon, declarándose en rebe-

lion contra la verdad. Cuando le contradecían, levantaba por alto su baston, y sacudia á las gentes, como se practicaba en el gran siglo. Tenía una hija de más de cincuenta años, que no se había casado, á quien daba sendas zurras, cuando se enfadaba, y á la cual había el azotado de muy buena gana. La trataba como á una niña de ocho años. Abofeteaba enérgicamente á sus criadas y las decía: ¡Ah! pelleja! Uno de sus tacos y juramentos más favoritos era: ¡*Por la pantuflocha de la pantuflochada!* Tenía rarezas y manías singulares; se hacía afeitar diariamente por un barbero que había estado loco y que le aborrecía de muerte, porque estaba celoso del señor Gillenormand á causa de su mujer, que era una barbera guapa y coqueta. El señor Gillenormand admiraba su propio discernimiento en todo, y se declaraba muy sagaz; hé aquí uno de sus dichos: « En verdad, yo tengo alguna penetracion; soy capaz de adivinar, cuando me pica una pulga, de qué mujer me ha venido. » Las palabras que solía él pronunciar con más frecuencia eran: *El hombre sensible*, y: *La naturaleza*. No daba á esta última palabra la grande acepcion que en nuestra época se la atribuye; pero la hacía figurar siempre á su manera en las ligeras sátiras que solía improvisar sentado en el rincón de su chimenea: — Para que la civilizacion tenga un poco de todo, decía, la naturaleza la suministra hasta ciertos modelos ó muestras de barbarie divertida. La Europa tiene tipos del Asia y del África, en pequeña escala. El gato es un tigre de salón, el lagarto un cocodrilo de bolsillo. Las bailarinas de la Grande Ópera son salvajes vestidas de color de rosa. No se comen á los hombres, pero los mastican bien y los chupan; ó bien, con su arte mágico, los convierten en ostras, y se los tragan. Los Caribes no dejan, sino los huesos; ellas sólo dejan la concha. Tales son nuestras costumbres. Nosotros no devoramos, roemos; no exterminamos, pero arañamos, hincando bien la garra.

II

TAL AMO, TAL MORADA

Vivia en el Marais, en la calle de las Filles-du-Calvaire, nº 6, cuya casa le pertenecía. Esta casa fué demolida después y reedificada, habiendo cambiado probablemente de número, en esas revoluciones numerales que de algun tiempo á esta parte sufren las calles de París. Ocupaba un cuarto principal, antiguo y vasto, entre la calle y los jardines, amueblado hasta los techos con grandes tapicerías de Gobelins y de Beauvais que representaban asuntos eróticos, escenas amorosas; los mismos asuntos de los techos y de los cuadros se hallaban repetidos en pequeños sillones. Su cama estaba rodeada con un enorme biombo de nueve hojas de laca de Coromandel. Largos y difusos cortinajes pendían de las ventanas, formando grandes pliegues alternados, muy vistosos y magníficos. El jardín, inmediatamente situado bajo sus ventanas, comuni-

caba con una de ellas, la que estaba en el rincón, por medio de una escalera de doce ó quince gradas, que aquel buen hombre subía y bajaba alegremente. Además de una biblioteca, contigua á su cuarto de dormir, tenía un gabinetito que afeccionaba él mucho, galante retrete tapizado de una magnífica colgadura de paja flordelisada y sembrada de rosas, hecha en las galeras de Luis XIV, por encargo de M. de Vivonne que la hizo fabricar á sus galeotes, destinándola á su querida. El señor Gillenormand había heredado esto de una tía de su madre, vieja huraña que murió centenaria. Había él tenido dos mujeres. Sus modales eran un término medio entre el hombre de la corte, que jamás lo había él sido, y el hombre de toga, que lo habría podido ser. Cuando quería, era festivo y aún cariñoso. En su juventud, había sido uno de esos hombres que siempre son engañados por su mujer y jamás por su querida, porque son á la vez los maridos más toscos y estúpidos, y los queridos más tiernos y galantes que es posible imaginar. Era conocedor en pintura. Tenía en su cuarto un maravilloso retrato de no sé quién, obra de Jordaens, hecha á grandes pinceladas, con millones de detalles, como esparcidos el azar y en visible confusión. El traje del señor Gillenormand no era la casaca de Louis XV, ni tampoco la casaca de Luis XVI; sino que era el traje de los increíbles del Directorio. Habíase juzgado enteramente joven hasta entonces y había seguido la moda. Su frac á cola de bacalao era de paño ligero, con espaciosas solapas, y anchos botones de acero. Añádase á esto su calzon corto y zapatos con hebillas. Llevaba siempre metidas las manos en los bolsillos; y solía decir con cierto aire de autoridad: *La Revolución francesa no es más que una caterva de forajidos.*

Hallándose una noche en la Ópera, á la edad de diez y seis años, tuvo el honor de que le asestaran los gemelos dos beldades á la vez, maduras y célebres entónces y cantadas por Voltaire, la Camargo y la Sallé. Cogido entre dos fuegos, hizo una retirada heroica hácia una bailarina jovencita llamada Nahenry, que tenía diez y seis años como él, desconocida como un gato, y de la cual estaba enamorado. Abundaba en recuerdos; y solía exclamar: ¡Qué bonita iba aquella Guimard-Guimardini-Guimardinette, la última vez que la vi en Longchamp, con el pelo rizado, sentimentalmente, con ven-á-verme de turquezas, su vestido color de genter, recién llegadas y su manguito de agitación! — En su adolescencia había él llevado una chaqueta de Nain-Londrin, de la cual hablaba á menudo y con efusión. — Estaba yo vestido como un turco del Levante Levan-

tino, decia. Habiéndole visto por casualidad madama de Boufflers cuando él tenía veinte años, le calificó de un « loco divertido. » Se escandalizaba de todos los nombres que veía en la política y en el poder, hallándolos bajos y demasiado plebeyos. Leía los periódicos, *los papeles-noticias*, *las gacetitas* como él los llamaba, ahogando sus grandes risotadas. ¡ Oh! solía decir, qué gen'es son estas! ¡ Corbière! Humann! Casimiro Perier! y decir que esto es un ministro! Yo me figuro que estoy leyendo impre o en un periódico; ¡ M. Gillenormand, ministro! sería una farsa. ¡ Pues bien! tan tontos son ellos, que así pasaría! Llamaba él alegremente á todas las cosas por su nombre propio, ó impropio y malsonante, sin que reparase que hablaba delante de señoras. Decia sus groserías, obscenidades y suciedades repugnantes con cierta calma y serenidad como si dijera la cosa más sencilla del mundo, sin que debiera escandalizarse, en su sentir, ni á un extrañar lo nadie, lo que le hacia pasar por un decidor elegante. Por lo demas, tal era el uso de su época; pues es de notar que el tiempo de la *perifrasis* en verso fué tambien el tiempo del más crudo y más verde lenguaje en prosa. Su padrino le había predicho que sería un hombre de genio, y le había dado estos dos nombres significativos: *Luc-Espirit*

IV

ASPIRANTE CENTENARI

En su infancia habia obtenido varios premios en el colegio de Moulins, donde él nació, coronándole por su propia mano el señor duque de Nivernais, á quien él llamaba el duque de Nevers. Ni la Convencion, ni la muerte de Luis XVI ni Napoleon, ni la vuelta de los Borbones, nada habia podido borrar la memoria de aquella coronacion. *El duque de Nevers* era para él la gran figura del siglo. ; Qué gran señor tan magnifico y de tanta valía, solia él decir, y qué bien le sentaba su hermoso cordon azul ! Á juicio del señor Gillenormand, Catalina II habia reparado el crimen de la reparticion de la Polonia comprando por tres mil rublos el secreto del elixir de oro á Bestuchef. Hablando de esto, se animaba : — El elixir de oro, exclamaba, la tintura amarilla de Bestuchef, las gotas del general Lamotte, valian en el siglo diez y ocho, un luis el frasco de média onza, y eran el gran re-

medio para las catástrofes de amor, la panacea contra Vénus. Luis XV envió doscientos frascos al papa. — Le habrian irritado mucho y sacádole de quicio, si le hubieran dicho que el elixir de oro no es otra cosa que el perchloruro de hierro. El señor Gillenormand adoraba á los Borbones y tenia un verdadero horror á 1789 ; referia á menudo la manera cómo logró él escapar al Terror, y cómo le fué menester desplegar mucha alegría y mucho chiste para que no le cortaran la cabeza. Si algun jóven cometia la imprudencia, ó más bien, tenia la audacia de hacer en su presencia el elogio de la República, al punto se ponía cárdeno y se irritaba hasta perder el sentido y desmayarse completamente. Á veces hacia alusion á su edad de noventa y tres. En otras ocasiones hacia entender á las gentes que él contaba vivir cien años

V

BASQUE Y NICOLETTE

Tenia tambien sus teorías. Hé aquí una de ellas: « Cuando
 » un hombre ama apasionadamente á las mujeres y tiene
 » él una mujer propia de la cual se cuida poco, fea, de mal
 » genio, légitima, llena de derechos, muy asida al código
 » y celosa si es menester, no tiene más que una manera
 » de salir de apuros y vivir en paz: dejar á su mujer en
 » posesion de los cordones de la bolsa. Esta abdicacion es
 » lo único que puede devolverle su libertad. La mujer en-
 » tónces se ocupa, se aficiona al manejo del dinero, le gusta
 » mancharse los dedos con el verde-gris de las monedas,
 » emprende la creacion de granjas y la educacion de los
 » granjeros y arrendatarios, convoca á los procuradores,
 » preside á los notarios, arenga á los tabeliones ó fiel-de-
 » fechos, visita á las golillas, entabla pleitos, redacta las
 » escrituras de plazo para los arriendos, dicta los con-

» tratos, se cree soberana, vende, compra y arregla y desar-
 » regla, ordena y manda con suprema autoridad, promete
 » y revoca, liga y desliga, cede, concede y retrocede, va-
 » lida, invalida, y revalida, acuerda y desacuerda, ateso-
 » ra, prodiga; hace mil disparates, con una suprema y ma-
 » gistral felicidad que la consuela. Miétras que su ma-
 » rido le desdeña, ella tiene la satisfacion de arruinar á
 » su marido. » El señor Gillenormand habia hecho perso-
 » nalmente la aplicacion de esta teoría; convertida y trans-
 » formada en su propia historia, la historia de su casa y de
 » su familia. Su segunda mujer habia administrado su for-
 » tuna de tal manera, que cuando quedó él viudo, apénas
 » si contaba escasa y estrictamente lo necesario para vivir;
 » colocándolo casi todo en renta vitalicia, reunia unos quince
 » mil francos anuales, cuyas tres cuartas partes debian ex-
 » tinguirse con él. Poco preocupado de los cuidados de de-
 » jar una herencia á nadie, no habia vacilado en adoptar
 » esa disposicion. Por otra parte, habia él visto que los pa-
 » trimonios estaban sujetos á sufrir á veces ciertas contin-
 » gencias y aventuras, y que, por ejemplo, se conviertan
 » en *bienes nacionales*; habia asistido á las conversiones
 » del tres consolidado, y tenia poca fe en el gran libro. —
 » ¡ *Todo eso va á parar á la calle de Quincampoix!* solia de-
 » cir. Su casa de la calle de las Filles-du-Calvaire, como he-
 » mos dicho ántes, le pertenecia en propiedad. Tenia dos
 » criados, « un macho y una hembra, » segun él se expresaba.
 » Cuando recibia un criado nuevo, el señor Gillenormand le
 » rebautizaba. Á los varones les daba el nombre de su pro-
 » vincia: Nimois, Comtois, Poitevin, Picard. Su último ayu-
 » da de cámara era un hombre fatigado y asmático, de unos
 » cincuenta y cinco años, incapaz de correr veinte pasos;
 » pero como habia nacido en Bayona, el señor Gillenormand
 » le llamaba Basque ¹. Por lo que hace á las criadas, en su

¹ Vasco.

casa todas llevaban el nombre de Nicolette (hasta la Magnon de quien hablaremos más adelante). Un día se le presentó una cocinera muy preciada, *cordón bleu* de la alta raza de los conserjes. — ¿Qué salario quiere usted ganar mensualmente? la preguntó el señor Gillenormand. — Treinta francos. — ¿Cómo se llama usted? — Olympia. — Ganarás cincuenta francos y te llamarás Nicolette.

VI

DONDE SE ENTREVE A LA MAGNON Y A SUS DOS NIÑOS

En el señor Gillenormand, el dolor se transformaba en ira; se ponía furioso de verse desesperado. Tenía todas las preocupaciones imaginables y se tomaba todo género de licencias. Una de las cosas de las cuales componía él su relieve exterior y su satisfacción íntima, era, como lo hemos indicado hace poco, el haber permanecido siempre mozalbete, y pasar enérgicamente por tal. A esto lo llamaba tener una « fama régia. » Su fama régia le procuraba á veces singulares é inesperadas fortunas. Un día le trajeron á casa en una banasta, semejante á los canastillos de ostras, un niño recién nacido, bastante abultado, gritando como siete y perfectamente envuelto en sus pañales, que una criada despedida seis meses ántes le atribuía á él. Es de advertir que el señor Gillenormand contaba entónces sus ochenta y cuatro años cumplidos. Indignación y cla-

moreo entre los que le rodeaban : ¿ Y á quién queria hacer creer semejante cosa aquella bribona descarada ? ¿ Qué audacia ! ¿ qué abominable calumnia ! Por lo que hace al señor Gillenormand, no manifestó ningun enojo por aquel suceso ; ni siquiera se inmutó. Miró al muñeco con la amable sonrisa de un buen hombre que se siente lisonjeado por la calumnia, y dijo entre bastidores : — « ¿ Y bien, qué ? ¿ qué es eso ? ¿ qué es lo que hay ? ¿ qué tiene eso de particular ? Ustedes se admiran y se sorprenden, en verdad, de un modo maravilloso, como pudieran hacerlo las personas más ignorantes. El señor duque de Angulema, bastardo de Su Majestad Carlos IX, se casó á los ochenta y cinco años con una muchachita, muy bachillera, de quince años ; el señor Virginal, marqués de Alluye, hermano del cardenal de Sourdis, arzobispo de Burdeos, tuvo, á la edad de ochenta y tres años, de una camarista, como quien dice, de una *doncella* de la señora presidenta Jacquín, un hijo, un verdadero hijo de amor, que fué caballero de Malta y consejero de Estado con espada ; uno de los grandes hombres de este siglo, el abate Tabaraud, es hijo de un padre que le tuvo á los ochenta y siete años. Estas cosas nada tienen que no sea muy ordinario, ¡ Pues y la Biblia ! Á pesar de todo esto, yo declaro que ese señorito no me pertenece. Pero que le cuiden bien. La pobre criatura no tiene la culpa de verse así abandonada. » — Este proceder era bondadoso. La madre, que no era otra que la llamada Magnon, le hizo el año siguiente un segundo envío. Era también un chico. Esta vez ya el señor Gillenormand se vió precisado á capitular. Remitió á la madre los dos muñecos, comprometiéndose á pagar para su manutencion ochenta francos mensuales, con la condicion de que la madre no recomenzaria otra vez. Y añadió : — « Con el bien entendido que quiero que la madre los trate bien. Yo iré á verlos de vez en cuando. » Lo que hacia, en efecto. Habia tenido un hermano sacerdote,

el cual fué, por espacio de treinta y tres años, rector de la academia de Poitiers, y habia muerto á la edad de setenta y nueve años. *Le perdí joven*, decia. Este hermano, de quien ha quedado muy poca memoria, era un avaro apacible y severo que, siendo como era sacerdote, se creia en el deber de dar limosna á los pobres que encontraba, pero jamas les daba sino pedacitos de metal sin valor alguno, monedas falsas ó sueldos enteramente desgastados y sin circulacion legal ; hallando así medio de irse al infierno por el camino del paraíso. Por lo que hace al señor Gillenormand el mayor, no solia regatear nunca la limosna, que él daba de buen grado, y noblemente. Era benévolo, brusco, caritativo, y si hubiera sido rico, su propension le habria inclinado á lo magnifico. Quería él que todo cuanto le concernia se hiciera en grande, hasta las bribonadas. Cierta dia, en una sucesion, como se viese desbalijado por un hombre de negocios de una manera grosera y visible, lanzó esta exclamacion solemne : — « ¡ Uf ! qué suciamente está hecho eso ! vergüenza me da de ver semejantes estafas, con tanta torpeza ejecutadas. Todo ha degenerado en este siglo, hasta los bribones. ¡ Voto á brios ! no es así como se debe robar á un hombre de mi calidad. Soy aquí robado como en un bosque, pero robado de mala manera. ¡ *Silva sint consule digna* ! — Habia tenido, como hemos dicho ya, dos mujeres ; de la primera le nació una hija que se habia quedado soltera, y de la segunda otra hija, que murió á la edad de treinta años, la cual se habia casado, por amor ó por casualidad ó por otras causas, con un soldado desafortuna que sirvió en los ejércitos de la república y del imperio, ganando la cruz en Austerlitz y el grado de coronel en Waterloo. *Esa es la vergüenza de mi familia*, decia el viejo *bourgeois*. Tomaba mucho tabaco, y tenia una gracia particular para arrugar y chafar su pechera de encaje manoseándola con frecuencia. Creia muy poco en Dios.

VII

REGLA : NO RECIBIR Á NADIE SINO POR LA NOCHE

Tal era el señor Luc-Esprit Gillenormand, quien no había perdido su cabellera, la cual conservaba más bien gris que blanca, y llevaba siempre el pelo en la forma que suelen llamar orejas de perro. En suma, y á pesar de todo esto, tenía un aspecto venerable.

Participaba del carácter del siglo diez y ocho ; frívolo y grande.

En 1814, y en los primeros años de la Restauracion, M. Gillenormand, jóven aún, — pues apenas tenía unos setenta y cuatro años, — había habitado en el arrabal de San German, calle de Servandoni, junto á San Sulpicio. Nose retiró al Marais sino al salir ya del gran mundo, mucho despues de haber cumplido sus ochenta años.

Y al abandonar la alta sociedad, habíase encastillado en

sus usos y costumbres. La principal de estas, y en la cual era inexorable, consistia en tener la puerta de la calle absolutamente cerrada durante el dia, y no recibir nunca á nadie, quienquiera que fuese, sino por la noche. Comia á las cinco, y despues de la comida era cuando se abria su puerta. Tal era la moda de su siglo, y él no queria derogarla por ningun concepto. — El dia es canalla, solia decir, y no merece sino darle con la puerta en los hocicos. Las personas de distincion iluminan su espíritu cuando el zenit alumbra sus estrellas. — Y se muraba y se atrinchaba para todo el mundo, áun cuando fuese el rey. En esto se hacia consistir tambien la vieja elegancia de su época.

VIII

DOS QUE NO HACEN PAREJA

Acabamos de hablar de las dos hijas del señor Gillenormand, las cuales habian nacido á diez años de intervalo. En su juventud, se parecian muy poco, y, tanto por el genial cuanto por las facciones, fueron siempre tan poco hermanas como es posible serlo. La pequeña era un alma bendita consagrada á todo cuanto es luz y gloria, ocupada siempre de flores, de versos y de música, cerniéndose en los espacios gloriosos, entusiasta, etérea, desposada desde la infancia, en el ideal, con una vaga figura heroica. La mayor tenia tambien su quimera; vislumbraba, allá en la bóveda celeste de sus ensueños, un abastecedor bien provisto, algun fuerte provisionista muy rico, un marido espléndidamente bestia, un millon convertido en hombre, ó en figura de tal, ó bien un prefecto; las recepciones de la prefectura, un portero de antesala con su cadena al cuello,

los bailes oficiales, las arengas de la alcaidia, ser « la señora prefecta, » todo esto la hacia á ella remolinos en su imaginacion. Así se extraviaban las dos hermanas, cada una en su sueño, en la época en que eran jóvenes. Ambas tenian alas, la una como un ángel, la otra como un ganso.

Ninguna ambicion se realiza enteramente, á lo ménos en este mundo caduco y perecedero. Ningun paraíso se convierte en terrenal en los tiempos que alcanzamos. La menor se habia casado con el hombre de sus ensueños, pero habia ella muerto. La mayor no habia logrado casarse.

En el momento en que hace su entrada en la historia que estamos refiriendo, era una vieja virtud, una gazmoña incombustible, una de las narices más afiladas y de los entendimientos más romos y obtusos que es posible hallar. Detalle característico : fuera del estrecho círculo de la familia doméstica, nadie habia sabido nunca su nombre de pila. Llamábanla *la señorita Gillenormand la mayor*.

Como recatada y púdica, la señorita Gillenormand la mayor habria dado muchos puntos á una miss. Era el pudor personificado y llevado á un extremo fabuloso. Un recuerdo horrible tenia ella en su vida; en cierta ocasion, un hombre habia tenido la audacia de verle una liga.

Léjos de debilitarle, la edad no habia hecho sino aumentar este implacable pudor. Su camisolín no era nunca bastante espeso, ni subia jamas bastante alto. Multiplicaba los broches, corchetes y alfileres allí adónde nadie pensaba dirigir sus miradas; pues es propio de la gazmoñería el colocar tanto mayor número de centinelas cuanto ménos amenazada se halla la fortaleza.

Y sin embargo, — explique quien pudiere estos misterios de vetusta inocencia, — se dejaba besar sin disgusto por un jóvea, oficial de lanceros, que era su sobrino en segundo grado, y se llamaba Theódulo.

Á pesar de este lancero favorecido, el calificativo de

Gazmoña, bajo el cual la hemos clasificado, la convenia enteramente. La señorita Gillenormand era una especie de alma crepuscular. La gazmonería es una semivirtud y un semivicio.

Á la gazmoñería añadía ella la santurronería. Era también mojigata, forro que cuadra muy bien á la gazmoña. En su calidad de miembro de la cofradía de la Virgen, llevaba un velo blanco en algunas solemnidades religiosas, refunfuñaba ciertas oraciones especiales, veneraba « la santa sangre, » adoraba « el sagrado corazon, » permanecía horas enteras en contemplación ante un altar rancio-jesuítico que tenía en una capilla cerrada al comun de los fieles, donde dejaba ella libre vuelo á su alma entre nubecitas de mármol y al traves de unos grandes rayos de palo dorado.

Tenía una amiga de capilla, vírgen vetusta como ella, llamada la señorita Vaubois, enteramente estúpida, y junto á la cual la señorita Gillenormand tenía el placer de ser un águila. Fuera de los *Agnus Dei* y de las *Ave Maria*, la señorita Vaubois no tenía otras luces que las que poseía acerca de los diversos modos de confitar ó almibarar las frutas. Perfecta en su género, la señorita Vaubois era el armiño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia.

Á decir verdad, la señorita Gillenormand, en vejeciendo, había más bien ganado que perdido. Es lo que de ordinario acontece á las naturalezas pasivas. Nunca había sido mala, lo cual es ya una bondad relativa; y además, los años desgastan los ángulos y las puntas salientes; á ella la había llegado ya el pulimento propio de la duración. Estaba triste, víctima de una melancolía oscura cuyo secreto no vislumbraba ella siquiera. Y era que había en toda su persona el estupor de una vida acabada ántes de haber comenzado.

Ella era la que gobernaba la casa de su padre. El señor Gillenormand tenía consigo á su hija como hemos

visto que monseñor Bienvenido tenía también consigo á su hermana. Estas familias compuestas de un anciano y de una solterona no son raras de encontrar; ofreciendo siempre el venerable é interesante aspecto de dos debilidades que se apoyan recíprocamente una en otra.

Había además en la casa, entre aquella solterona y aquel anciano, una criaturita, un niño, siempre temblando y mudo en presencia del señor Gillenormand, quien no hablaba jamás á aquel niño sino con voz severa, aterrador, y á veces con el baston levantado: — ¡ *Vengaus-
ted aqui corriendo! ¡ perillan, bribon, acérquese usted! —
Responda el pícaro! — ¡ Que le vea yo á usted bien, tu-
vante! etc., etc., etc.* É idolatraba él á aquel niño.

Era su nieto, del cual hablaremos.